

Gogh ni visiones ni alucinaciones. Sólo la tórrida verdad de un sol de las dos de la tarde.

IV Trazo

En ese mismo libro de Artaud reitera que la tela de los cuervos es una tierra equiparable al mar” y lanza la terrible pregunta: “¿El loco suicida pasó por allí y devolvió el agua de la pintura a la naturaleza. Pero a él, ¿quién se la devolverá?”.

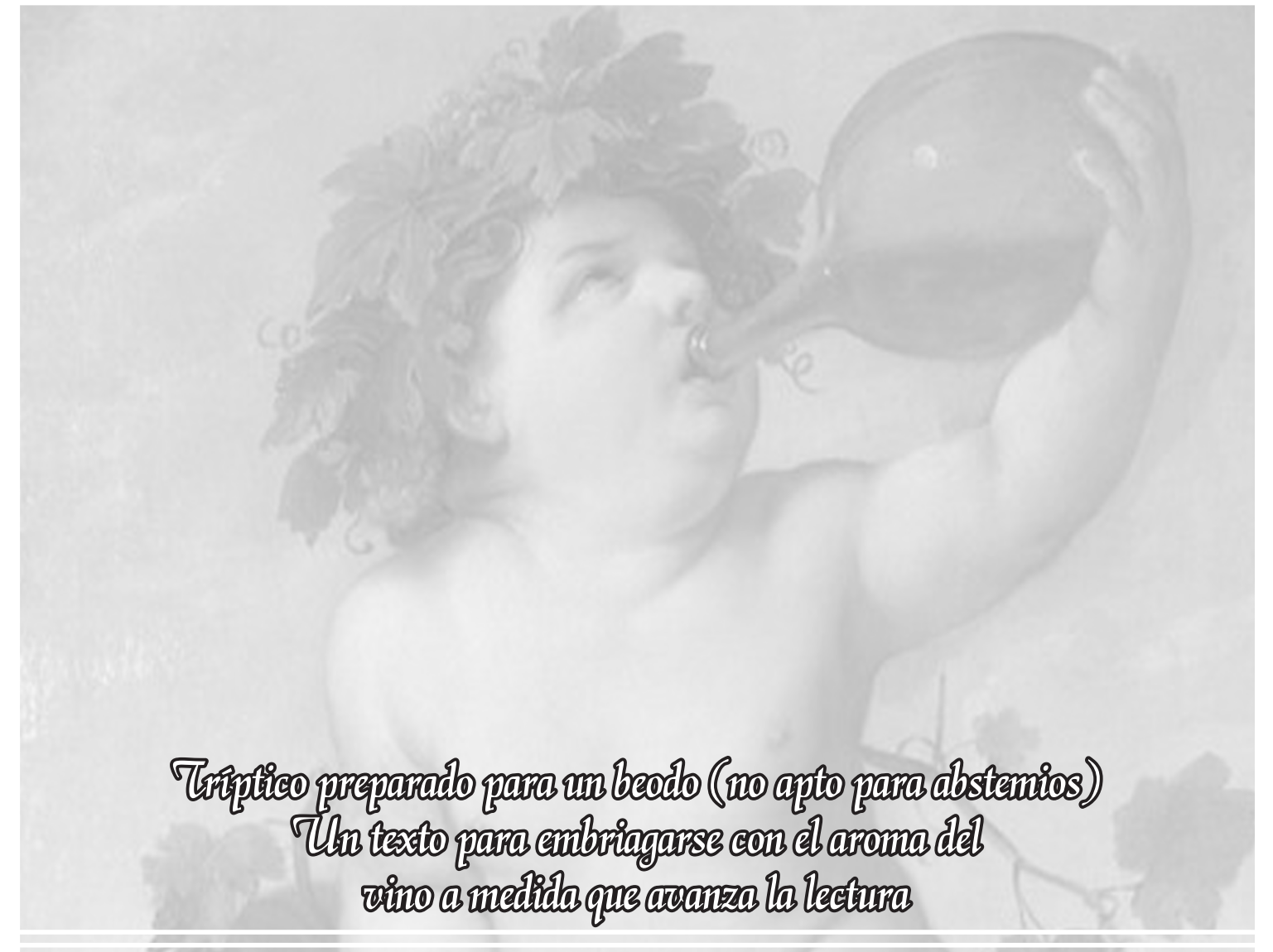
La pasión en Van Gogh se desboca en un torrente de formas y color y un anhelo de pintarlo todo, desde el cartero que traía noticias de la lejanía hasta la mujer que arrancaba zanahorias en la nieve. Desde su carácter refractario a las academias, él, un autodidacta, un maestro de sí mismo, le decía a Theo en una de sus más extensas cartas con sabor a gran ensayo datada entre diciembre de 1883 y noviembre de 1885, que siempre le gustaba ir en contravía académica.

Lo decía así: “me desesperaría que mis figuras fueran buenas, no las quiero académicamente correctas, si fotografiara a un hombre que cava, la verdad es que no cavaría. Encuentro las figuras de Miguel Ángel admirables, aunque las piernas sean decididamente demasiado largas, los muslos y las caderas demasiado anchos... A mis ojos Millet y Lhermitte son por eso los verdaderos pintores, porque ellos no pintan las cosas como son, de acuerdo a un análisis somero y seco, sino como ellos, Millet, Lhermitte, Miguel Ángel, lo sienten. Mi gran anhelo es aprender a hacer tales inexactitudes, tales anomalías, tales modificaciones, tales cambios en la realidad, para que salgan, ¡pues claro!... mentiras si se

quiere, pero más verdaderas que la verdad literal”. Todo lo contrario de la creencia de los artistas reproductores de la realidad inmediata, de los que no se sienten como felinos en el almacén extraño sino como obedientes caninos de la fidelidad y el realismo. Luego de esa filiación a la inexactitud figurativa pasa Van Gogh, el insular, a hacer una férrea defensa del color negro, que de alguna manera se presume ajeno al gusto de Theo y sobre el que aún hoy existen prejuicios de los mismos pintores que niegan que se pueda concebir como color: “¿Es que acaso Rembrandt y Hals no empleaban el negro? ¿Y Velázquez? No hay solamente uno sino veintisiete negros, te lo aseguro”, le expresa a su hermano y de paso a la historia por venir.

Esa carta resulta un breve y agudo ensayo sobre las luces y las sombras, un serio estudio de un monstruoso pintor que era una suerte de minero de la luz, alguien que se sumergía en la oscuridad para hallar un rastro luminoso y un rostro verdaderamente humano en los socavones de las minas y la miseria.

El pensamiento de Diderot sobre la pintura en lo que llama “modestas ideas acerca del color”, parece venirle bien a la obra de Van Gogh: “el dibujo le da forma a los seres, el color les da vida. He aquí el soplo divino que los anima”. Solo quiero agregar que muchos pintores “rellenan”, y es una palabra que usa con desdén Van Gogh, las formas con color, y el soplo se apaga en una pintura deshabitada. Son artistas que no se sienten como gatos en un almacén extraño sino como obedientes galgos que corren tras la liebre mecánica.



*Tríptico preparado para un beodo (no apto para abstemios)
Un texto para embriagarse con el aroma del
vino a medida que avanza la lectura*

Angie Paola Rodríguez Cortés
VI semestre de Lic. en Lengua Castellana
Universidad del Tolima

Primero: una copa a modo de preámbulo

Como diría Baudelaire, “partamos a lomos del vino”, para entender la simbología del vino al interior de la novela picaresca española *El Lazarillo de Tormes*, de autor anónimo, publicada en 1554. Pero antes, compartamos una copa y embriaguémonos para dejar a un lado la sobriedad que suele nublar la vista y entenebrece la razón. Solo los academicistas

leen literatura con un tema recurrente como el vino, completamente sobrios. Por esta razón, este no es un texto para abstemios.

Presentada la aclaración, es posible iniciar diciendo que el vino no es solamente una bebida, es un producto cultural cargado de ideología y es allí donde radica su exquisitez: en lo simbólico, en las representaciones del mundo y sus realidades que este otorga. En la simbología que adquiere al interior del banquete y en el exterior en las relaciones

sociales. El vino es un recurrente en la vida, una dualidad constante que ha sido considerada como elemento fundamental en sus culturas.

Desde la visión judeocristiana, la práctica de beber vino inició con Noé quien, tras descender del arca como uno de los sobrevivientes al gran diluvio, decidió plantar un viñedo y con la primera ciega bebió hasta perder la razón. Vida y muerte confluyen en este elemento, tal vez por esta razón el libro *Eclesiástico* pregunta “¿qué es la vida para quien le falta el vino?”, considerándolo la razón de la muerte. Neruda en su *Oda al vino*, lo describe como el “amo de la mesa”, siempre presente, infaltable.

Pero el vino no es simplemente una bebida, o una dualidad, es también el hilo con el que se tejen relaciones sociales: de odios o de amores, por iguales partes. O al menos, así lo demostró Góngora en uno de sus versos satíricos que hoy se conocen: *Hoy hacen amistad nueva / más por Baco que por Febo / don Francisco de Que-Bebo / don Félix Lope de Beba*. Más allá de la sátira, Luis de Góngora evidencia que una amistad suele formarse más por la compañía de Baco, entre copas, que la de Apolo, quien alude a la razón.

Pero en medio de las sátiras y las copas, aparece un maridaje a resaltar: la estrecha relación entre literatura y vino. Fueron incontables los autores que se sumergieron en su exquisitez: Cervantes, Francisco de Quevedo, Lope de Vega y hasta el mismo Góngora a quien se le llegó a conocer como el

sacerdote de Venus y Baco. Pero esto es solo por nombrar a algunos autores. Ahora bien, la literatura universal está cargada de vino. Desde el Olimpo con sus banquetes ambientados por Dionisio, a los goliardos que le cantaban a este elixir que hoy nos convoca desde la clandestinidad de sus abadías; pasando por los gigantes Gargantúa y Pantagruel, quienes bebían en exceso, llegando así a los personajes de *El Lazarillo de Tormes*.

Segunda parte: el vino como dualidad

El poeta persa Omar Khayyam escribió en el siglo II este verso:

*¿Qué del vino soy devoto ciego?
Y bien, lo soy*

Si retomamos las palabras del poeta Khayyam ¡Vaya que aquel lazarrillo ciego sí era verdaderamente un devoto del vino!

Pero entrando aún más en materia, es el momento adecuado para sostener las razones por las cuales se dice que el vino es simbología de dualidad. Principalmente, por dos razones: la primera hace alusión a esa relación entre sobriedad y ebriedad; por un lado, se encuentra el que se abstiene y representa la lucidez, mientras que por otra parte se evidencia el ingenio. El Lazarillo es un claro ejemplo de este último punto, la ebriedad frente al ingenio:

Yo, como estaba hecho al vino, moría por él, y viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni valía, acordé en el suelo del jarro hacerle una fuentecilla y agujero sutil, y

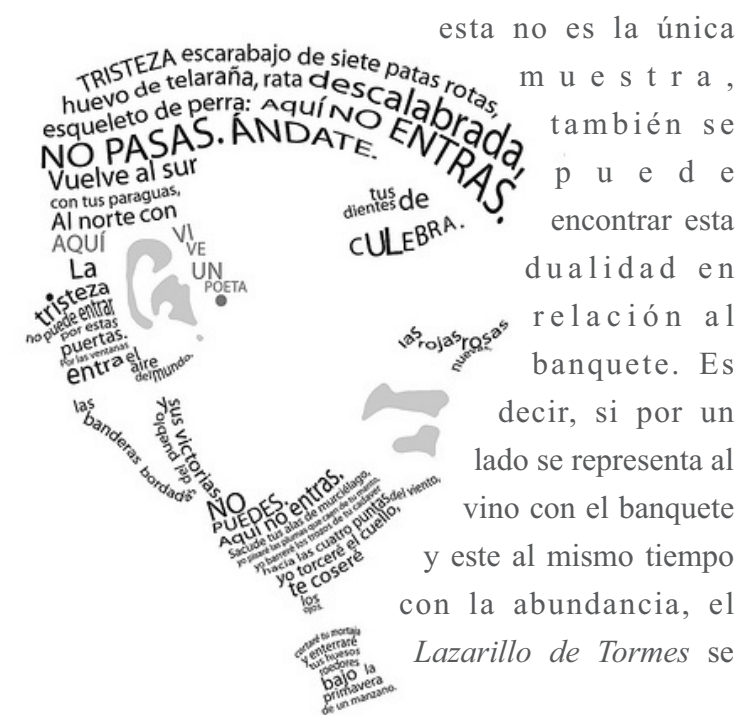
delicadamente, con una muy delgada tortilla de cera, taparlo; y al tiempo de comer, fingiendo haber frío, entrábame entre las piernas del triste ciego a calentarme en la pobrecilla lumbre que teníamos, y al calor de ella luego derretida la cera, por ser muy poca, comenzaba la fuentecilla a destillarme en la boca, la cual yo de tal manera ponía, que maldita la gota se perdía. Cuando el pobreto iba a beber, no hallaba nada, espantábase, maldecíase, daba al diablo el jarro y el vino, no sabiendo qué podía ser. (Anónimo, 2012, p.25)

Aquí se evidencia la astucia del infante ante el ciego con la intención de engañarle para beber un poco de vino. Pero luego el ciego se percata de la situación y le propina un escarmiento al Lazarillo con el fin de que este aprenda la lección: “—¿Qué te parece, Lázarro? Lo que te enfermó te sana y da salud”. (Anónimo, 2012, p.26)

Por una parte el vino fue la causa del mal y por otra es utilizado para devolverle la salud. Una clara evidencia de la dualidad de este elemento que muestra el texto literario. Mas

esta no es la única

muestra, también se puede encontrar esta dualidad en relación al banquete. Es decir, si por un lado se representa al vino con el banquete y este al mismo tiempo con la abundancia, el *Lazarillo de Tormes* se



encarga de contraponerlo ante la austeridad y la avaricia.

—Mira, mozo, los sacerdotes han de ser muy templados en su comer y beber, y por esto yo no me desmando como otros. Mas el lacerado mentía falsamente, porque en cofradías y mortuorios que rezamos, a costa ajena comía como lobo y bebía más que un saludador. (Anónimo, 2012, p.38)

La cita muestra a un clérigo que en diálogo con el Lazarillo se muestra como un hombre que guarda sus votos y no se excede en la bebida, pero el personaje principal lo pone en evidencia durante la narración. Quien debería ser ejemplo de sobriedad, como es el caso de clérigo, termina convirtiéndose en todo lo contrario. Además, existe otra realidad en la cita que se ha presentado anteriormente: el vino que debería ser símbolo de abundancia por su estrecha relación al banquete le es negada constantemente al Lazarillo, no por ausencia del elixir sino amén del egoísmo de su cuidador que prefiere beber solo.

Mas de lo que al presente padecía remedio no hallaba, que si el día que enterrábamos yo vivía, los días que no había muerto, por quedar bien vezado de la hartura, tornando a mi cotidiana hambre, más lo sentía. De manera que en nada hallaba descanso, salvo en la muerte, que yo también para mí, como para los otros, deseaba algunas veces; mas no la vía, aunque estaba siempre en mí. (Anónimo, 2012, p.39)

El vino también aparece ante la muerte para mostrar esa dualidad entre la vida y la muerte. Cada que se enterraba a alguien el Lazarillo volvía a vivir puesto que tenía acceso a comida y vino. Lo anterior, representa

igualmente que existe más abundancia en medio de la muerte que por parte del clérigo.

Tercera parte: La sátira

El vino trae consigo el goce, la felicidad, el deleite; el desdoblamiento del sujeto que termina por dejar salir sus deseos reprimidos. El vino siempre esta acompañado de la risa y la crítica.

Y así estuve con ello aquel día y otro gozoso, mas no estaba en mi dicha que me durase mucho aquel descanso, porque luego al tercero día me vino la terciana derecha. Y fue que veo a deshora al que me mataba de hambre sobre nuestro arcaz, volviendo y revolviendo, contando y tornando a contar los panes. Yo disimulaba, y en mi secreta oración y devociones y plegarias decía: «¡San Juan, y ciégale!» (Anónimo, 2012, p.39)

Primero muestra la avaricia de sus amos a quienes les gustaba más el vino que el agua y todos compartían una particularidad, el engaño, la crueldad en el trato al mozo que les servía. El clérigo, por ejemplo, que era un bebedor constante y mentía para beber aún más solo sin compartir; o el caso del militar que resultó siendo no solo un desertor sino todo un cobarde.

El vino es el amigo del sabio y el enemigo del borracho. Es amargo y útil como el consejo del filósofo, está permitido a la gente y prohibido a los imbéciles. Empuja al estúpido hacia las tinieblas y guía al sabio hacia Dios

El vino da paso al refrán, a la libertad del sujeto de comportarse sin la presión de las cadenas de lo ético o lo moral. Finalmente, en el banquete se encuentra al hombre con sus refranes y al puñetero; quienes no se aferran al

conocimiento que proviene de los libros sino que se apoyan en su juicio que se desprende las experiencias. Esta es la razón por la cual Baudelaire aconseja mantener siempre ebrios: “de vino, de poesía o de virtud”, pero siempre ebrios como un escape de la realidad espacio temporal.

Referencias

- Anónimo. (2012). Lazarillo de Tormes. Bogotá: Libro al Viento. Nehuen, T. (febrero de 2017). Omar Khayyam y las virtudes del vino. Obtenido de Poemas del alma: <https://www.poemas-del-alma.com/blog/especiales/omar-khayyam-las-virtudes-del-vino>



¡El Quijote ha muerto!

Helen Hernández Páez

El Quijote ha muerto, sentí luego de leer las afligidas letras con que finalizó Miguel de Cervantes Saavedra la quijotesca vida de Alonso Quijano. Pues ¿Quién más honesto, más gallardo, más valiente y más cortés que el valeroso Hidalgo? ¿Quién escudero más fiel, discreto e imprescindible que Sancho Panza junto a su jumento? Sino, dígame ¿Quién vuela en un caballo de madera, o ve una embarcación en la orilla de un río y lo toma por mar? O ¿quién,

más ahora en este siglo que, triunfando la molicie y la arrogancia se enamora y escribe cartas? Nadie, puesto que no hay ya caballero que duerma en los campos armado de pies a cabeza, no hay quien posea un rocín, una lanza, un escudo y pretenda portarlas. ¡No! Cierro los ojos y Don quijote no está, con él se enterraron las grandes empresas, sobre todo la más humana, la más noble de todas: la literaria.

La vida de Alonso Quijano fue la infinidad de páginas que devoró sobre libros